

## **Los ratones de campo**

Un cuento de la vida real

Había en un pueblecito de Teruel un humilde campesino, que tenía una pequeña plantación de un rico producto, que cultivado con mucho esfuerzo y amor le ayudaba a ir tirando en su existencia.

Porque aunque la cosecha era corta siempre, algo ayudaba a la economía.

A lo largo de los años, siempre tuvo que compartir la cosecha con aquellos ratoncillos de toda la vida, de rabo fino y cimbreante, hocico puntiagudo y sonrosado, adornado con un bigotillo de tres pelos a cada lado, ojillos limpios de pícaro, piel suave y aterciopelada y orejillas pequeñas y enhiestas.

Estos ratoncillos, un poco miedosos, se las veían y se las deseaban a la hora de llevarse un mal bocado a sus finos dientecillos; pero no odiaban al campesino, es que les costaba mucho burlar sus trampas.

Porque el campesino aquel tenía cepos y usaba otras artes aprendidas de su padre, que infundían terror a los ratoncillos, que tampoco podían refugiarse en sus cubaleras, que el amo les daba humo y tenían que salir corriendo.

De vez en cuando se producía alguna baja y los pobrecillos ratones tenían que establecer sus guaridas en los ribazos, como un tanto arrepentidos, y tenían que comer raíces amargas y algún escarabajillo que se les cruzaba en el camino; porque llegaban a pensar que era mejor que luchar con el amo de la finca.

Hasta que nuevas generaciones, más osadas y sin el recuerdo del miedo, volvían a invadir la plantación, y vuelta otra vez a empezar. Pero nada, todo pecatas minutas.

Era una lucha por la subsistencia, a la que el amo y los ratones ya estaban acostumbrados; cada uno tomaba del otro un poco, y así habían convivido durante toda la vida; y las risas, y los llantos, y las abundancias y las miserias se sucedían, sin que nadie más mediara, qué sabía era la naturaleza de la cual dependían.

Pero sin saber de cierto cómo sucedió, dicen que llegó a la plantación una pandilla de mercenarios ratones, dispuestos a terminar con toda la plantación y a arruinar al dueño, ante la debilidad de aquellos cobardicas de ratones establecidos allí de siempre, a cambio de tomarse un mísero tributo; y comenzaron a arrasar todo lo que se les ponía por delante, la cosecha y a los mismos ratoncillos que se

resistían a huir.

El dueño del campo, un tanto amoscado, retomó la justicia con mayores energías. Faltaría más, él que había logrado expulsar del campo a los otros ratones tantas veces, a los que ya casi tenía cariño y todo, no estaba dispuesto a tolerar semejante atropello. Eso no pensaba tolerarlo.

El caso es, que el pobre agricultor, que se las daba de gran conservador de la naturaleza y sus animalillos, porque de todo ello tomaba un poco para comer; que había tenido buen cuidado para mantener el equilibrio, como ahora vienen diciendo, –que más de un trozo de trigo dejó sin segar, hasta que la codorniz se llevó sus polluelos, y más de un surco interrumpió para no hundir con la reja una conejera con gazapillos, y más de un tirón de orejas dio a la perra cuando le llevó entre sus dientes a una indefensa perdigana– este pobre y buen agricultor, precursor de todos los cuidadores de la naturaleza, se vio sorprendido por esos mismos "cuidadores de la naturaleza, o protectores del medio ambiente", que él no entendía mucho de esas cosas, –y él cree que les llaman así– cuando había capturado un determinado número de aquellos voraces y dañinos ratones, viles invasores de un campo que ya tenía sus dueños, que fue antes de su abuelo y después de su padre.

Y cuentan las gentes de aquel lugar, que al humilde campesino que tanto había cuidado de aquella pequeña parcela, le impusieron una desproporcionada sanción económica, con advertencia de que no volviese a molestar lo más mínimo a aquellos feos ratones de rabo desproporcionado y torpe, mala cara y peor genio, bigotachos de corsario, mal pelaje y orejadas grandes y feas. Y así terminaron arruinando la plantación y a los conocidos y viejos ratoncillos, que ahora malviven como pueden. Ya no se ocultan del amo de la plantación con el que siempre habían vivido, sino de la crueldad de esos nuevos inquilinos.

El pobre campesino, cansado de luchar de toda la vida, ahora impotente y triste por todo lo que le han hecho, abandonado que hubo la plantación, que se comieron esos feos ratones, contempla con tristeza y amargura, como las malas hierbas invaden el campo.

El ya lo ha dado todo por perdido y no volverá a poner en cultivo la finca. Sobre la misma, y como en una maldición, solo crecerán ya los productos de una disparatada y torpe manía de querer cambiar el propio ciclo de vida.